EL VUELO 203
por Alfonso Alvarez Villar

*Pre: Casi presintiendo su muerte, los últimos días de su vida, lúcido, semiagotado, víctima de una fatiga cósmica, el autor de este relato se esforzó por entregar a tiempo al editor esta pieza para la Colección. No queremos hablar de premonición, pero así, levemente, como un susurro, y en homenaje al esfuerzo de su autor, ofrecemos este sueño surrealista, que acaso no fue obra de su rica imaginación, sino de su propia vida... la que ya presentía, la que ya le alcanzaba...***A ella, M.**

Una hoja de plátano hizo una cabriola y se introdujo por la ventana abierta del despacho del director general. Huía de los primeros fríos del otoño, como una golondrina vegetal que no hubiese tenido tiempo a precipitarse en el *humus* tibio.

Y esta hoja le hizo recordar a él una visión borrosa de aguas de color plomizo y «algo», sí, «algo», cayendo levemente sobre ellas. Y, luego, un arrastrarse, como un topo, por un pasadizo oscuro, húmedo, cada vez más estrecho hasta que tus pulmones revientan, hasta que revientan...

Pero. El otoño era aún azul y luminoso como una piscina, y largos peces dorados desfilaban por el aire, carruajes aéreos que se deshacían sobre las ventanas y los tejados.

Miró un momento su estilográfica de oro, que hacía guiños en su mano derecha. Pulsó luego un timbre y apareció la secretaria.

–Tráigame la correspondencia de hoy.

El abrecartas de la secretaria danzó en el aire como la guadaña de la muerte, segando sin piedad los cuellos de aquellos sobres.

Nada de particular. Las peticiones adulonas, las comunicaciones oficiales de siempre...

Y luego, al final, un sobre de la compañía aérea conteniendo un billete de avión con un O.K. para el día siguiente, número de vuelo y hora de salida, pero sin especificar lugar de destino.

–Debe tratarse de un error –dijo a la secretaria–. No tenía previsto ningún viaje para mañana. Telefonee a la compañía aérea.

Una llamada del subsecretario le hizo olvidar, sin embargo, su propósito.

Un cuarto de hora después, la secretaria le comunicó que la compañía aérea no había facturado ningún billete de esas mismas características, a pesar de que todo parecía hallarse en regla.

El billete quedó archivado, para una próxima inspección, en uno de los cajones de la mesa de ébano del director general.

* * *

Cuando salió del despacho, el sol lucía en el pináculo de la bóveda del cielo. Unas nubes grisáceas corrían hacia el oeste.

Aquella mañana había concertado una cita para almorzar con un grupo de compañeros de su partido.

Pero en el restaurante de moda, la gente parecía moverse como autómatas. Una sensación como de losa de plomo le impedía, además, respirar con soltura. Las burbujas del gin-tonic, sobre la barra del bar reproducían un mundo mil veces más distorsionado. El alcohol ascendía por la manigua de las neuronas como un vapor caliginoso.

Pensó, de repente, con remordimiento, en algo que tenía que hacer y que aún no había hecho. ¿Cómo era posible que algo tan poco importante le crease ese sentimiento de alerta?

Sí, ya recordaba; había que contestar aquella carta de aquel ex-compañero de colegio que le pedía la resolución de un importante adeudo a cargo de Erario Público.

Y en medio del murmullo de conversaciones insustanciales, tuvo delante de él, en esos mismos instantes, la visión de aquel ex-compañero, al que no había visto desde hacía por lo menos treinta años. Quizás, ahora estaba medio calvo como él, con una incipiente curva de la felicidad no disimulada pro la sauna y el deporte que él, el director general, sí se permitía el lujo de disfrutar para no desviarse de la imagen de político ideal, que constantemente se le pedía.

Probablemente, tendría mujer e hijos. Pero viviría en la mediocridad, aún habiendo sido, durante todo el bachillerato, el primero de la clase.

* * *

Sobre la mesa estaba la citación del Juzgado. Gómez había cometido el único delito que no tolera la civilización occidental: el dejar de pagar.

Si no abonaba, con los gastos consiguientes, las letras protestadas, perdería no sólo su casa, sino aquellos instrumentos científicos que habían contribuido a darle cierto renombre y reconocimiento entre los especialistas de más allá de las fronteras.

Subió al cuarto de las niñas y creyó que hasta las muñecas parecían tristes. Un inesperado sonido le hizo volver a la realidad: una campana navideña había empezado a cantar sacudida por la brisa que enteraba por el balcón.

Sí, quizás, su ex-compañero Ordóñez se acordara de él. Y le bastaba firmar un simple papel para que el Tesoro Público le pagar lo que le debía desde hacía algo más de dos años.

Algún día, las cartas que todos los meses escribía al Ministerio se transformarían en una falange macedónica de papel. Y las secretarias dejarían de pronunciar los consabidos «no está» o «está reunido», para cortar al otro lado del hilo telegráfico la voz amiga, la voz de los viejos tiempos cuando veían juntos florecer los tilos en el jardín del colegio.

* * *

Ordóñez, aquel día, comió con desgana. Fuera, rugían los motores de los automóviles y entraba una calígine por las junturas de las ventanas. Se sentía incómodo, ignorando el motivo real de su sensación.

Y mientras disertaba sobre uno de los puntos de la política del Gobierno, pasó por su mente otro recuerdo que no parecía guardar ninguna relación con lo que allí se estaba hablando. Sus recuerdos –extraños e inconcretos–estaban relacionados con su última visita a Estocolmo.

Veía las aguas negras del mar del Norte. Y las aguas se le iban acercando hasta sentir un dogal de acero que le oprimía la garganta. Luego, el avión había sobrevolado las praderas de Skàne y Smälland. Había flores circundando los lagos y un barrunto de aire perfumado (era primavera) diez mil metros más abajo. El era entonces presidente de un trust banquero. Le había salido al encuentro en el aeropuerto su legado, con cara de preocupación:

–¿Sabe usted que temíamos que hubiera cogido el avión que cayó cerca de Malmö?

Ordóñez, durante la parada técnica en Copenhague, tuvo la feliz ocurrencia de tomar otro avión, el de la S.A.S... Gracias a esta casualidad él estaba ahora allí vivo y lleno de coraje. Ni siquiera reparó en las felicitaciones, ni en la fortuna que el azar le había deparado.

El hecho es que estuvo, ausente, ajeno, durante aquella comida de grupo.

* * *

A la mañana siguiente, y por propósito, lo primero que hizo Ordóñez fue estudiar el dossier de su ex-compañero Gómez. Los folios formaban ahora un milhojas que amenazaba con estallar la tapa de la carpeta.

Hizo las consultas pertinentes y firmó la orden de pago que ya empezó a recorrer, a pasos acelerados, la escalerilla de la burocracia. Luego, más tranquilo, se dedicó a otros menesteres.

Hacia las tres de la tarde salió del Ministerio para dirigirse a su casa. El sol calentaba aún con fuerza en aquel día de otoño con nostalgia de verano.

Delante de la puerta estaba, frenando, un un longilíneo Jaguar, de color negro. Salió un chófer uniformado de negro y se quitó la gorra ante él. Llevaba una hopalanda larguísima, de esas de la *belle époque*, y unos botones de plata que relucían como el acero al rojo blanco.

–Señor, su coche. ¿Lleva el billete de vuelo 203?

Quiso decir que no, pero sí, efectivamente, lo llevaba: sentía su bulto como un pequeño corazón, en el bolsillo interior de su traje marrón.

–Estoy esperando el coche oficial –fue lo único que se le ocurrió, ante una pregunta que jamás se hubiera esperado, y menos de un extraño.

Y miró al tiempo los ojos del chófer del Jaguar. Eran fríos como dos cuentas de malaquita o como dos cristales de un oso de peluche.

–Señor, *debe* usted venir conmigo. El coche oficial no puede recogerle hoy.

–¿Quién es usted? ¡Identifíquese en la garita de la policía!

Sacó por respuesta un cartón de una cartera azul cobalto. El cartón era negro como una noche. Los ojos de Ordóñez se cerraron. Cuando se

quiso dar cuenta estaba ya dentro del coche, perfectamente acomodado.
Al poco, el vehículo arrancó, potente y suave, deslizándose entonces peces de luces sobre la pulida carrocería , parodiando los semáforos en sus aletas de delfín.
Salieron de la ciudad.
–Y, dígame usted, ¿hacia dónde se dirige el vuelo 203? –preguntó Ordóñez, sin fuerza ni convicción.
Estaba dispuesto a seguir el juego hasta el último instante. Era él piedra obligada a caer, eón tras eón, hacia el centro del planeta. Su voluntad era gladiador atrapado por las cuerdas de un invisible retario.
–Ya sabrá, en el momento oportuno, el destino del vuelo, señor –le respondió estoicamente el chófer uniformado de negro.
A izquierda y a derecha, el campo estaba mustio por la larga seguía del verano. Se arrastraban algunos matojos hacia las cunetas como suplicando una gota de agua. El río fluía lento y pastoso, bajo la superficie verde e infecta como una untada de queso de Cabrales.
Hacia delante, la carretera se ondulaba con reververaciones y fuegos fatuos en las laderas.
Y, además del Jaguar, ni un coche. Ni un solo coche.
–¡Qué extraño! ¡Así da gusto conducir! –comentó el director general, soñoliento, sin esperar ninguna respuesta.
El chófer masculló algo. En el espejo retrovisor sólo se veía su frente perlada de sudor y la visera de la gorra, negra como una catacumba.
Llegaron al aeropuerto. Sí, no había duda: se trataba del mismo aeropuerto de siempre. Pero algo extraño ocurría dentro de él. Llegó a su corazón la primera embolada del pánico.
Entró y mostró su billete al empleado.
–¿El vuelo 203? ¡Ah, sí! Parte el avión dentro de una hora. Puerta número uno. ¿Equipaje?
–No, sólo llevo lo puesto... Oiga, por cierto, ¿cuál es el destino del vuelo?
–Se le comunicará en el momento oportuno, señor.
–Mire usted, conmigo no se puede bromear. yo soy el señor Ordóñez, director de general de XX. Póngame con su superior.
–Espere, señor.
Espero indignado unos minutos que le parecieron de desconsideración. Y vio a una azafata que decididamente se dirigía hacia él. Era hermosa como las heroínas de los libros de caballería. Vio temblar sus pechos poderosos bajo el rojo uniforme. Y no se le ocultó tampoco su sonrisa de regalo.
–Señor. Me han dicho que se ha puesto usted un poco nervioso. Ya sé que se trata de una pequeña irregularidad, pero dentro de unas horas habrá salido usted de dudas. Espera mientras, como los demás.
Y le condujo hacia la sala de espera de los «vuelos especiales». Durante el trayecto, la vista de Ordóñez estaba clavada en la grupa de la muchacha que –delante de él, movía sus caderas con la lujuria de unas maracas.
Entró en la sala de espera. Estaba abarrotada de público. En las parees se anunciaban, entre otros, vuelos a los países del Lejano Oriente. Danzarinas exóticas se promocionaban ensayando las poses de la

mariposa, los misterios del Ramâyana y del Mahabaratta, los avatares del Vischnú. Brotaban palmeras datileras y cocoteros en un fondo infinitamente azul con pespuntes. Hawai, Fikji, Tuamotú, las Islas Marquesas enviaban desde los cartones un ansia, jamás satisfecha, de identificarse con el cosmos, de empuñar el tirso de Dionysios.

Se acercó una pareja que cabeceaba indolente, mirando el baile de insectos de sus hijos.

–¿Saben ustedes algo sobre el vuelos 203?

–No, no sabemos nada. nos han avisado que aguardemos aquí y aquí estamos.

La esposa, una mujer rubia y atildada cambiaba los pañales del recién nacido. El padre, un mocetón cenceño, censuraba los juegos demasiado rudos de sus hijos de más edad.

–Levamos ya tres días aquí y aún no nos han llamado.

Yel marido le enseñó un billete con el número vuelo 204 impreso en letras muy negras.

Se oyeron chirriar de súbito los altavoces.

–La Compañía Aérea Nacional anuncia el vuelo 205. Salgan por la puerta número tres, pro favor. No se demoren.

Se levantaron algunos. Las luces guiñaban en el tablero de partidas. Ordóñez trataba de abandonar su perplejidad. identificando algún dato, encontrando algún vestigio.

Se trataba sin duda de una encerrona. Había que huir, huir, de aquel aeropuerto absurdo, huir de la irracionalidad que se introduciría poco a poco en las células nerviosas del cerebro.

Pasó por delante de una expendiduría de tabacos y compró una cajetilla. El tabaco sabía a cenizas y dejaba tras de sí un olor a carroña.

–¡Eh, oiga! ¡Esto no es tabaco! ¡Es una basura!

–Si quiere le devolvemos el dinero, señor.

–No... no gracias. Da lo mismo.

Tomó en el bar un café y tuvo que escupirlo. le había dejado un espeso sabor a sangre en las encías.

Salió, por fin, al exterior. El aire se había vuelto ligero como una burbuja de hidrógeno.

Un viento desagradable arrojaba cientos de papeles sucios sobre su cara. había desaparecido el último automóvil. Todo estaba deshabitado.

–Tendré que ir a pie –pensó.

Miró uno de los papeles que se la habían quedado prendido en el hombro. Contenía el anuncia de un vodevil que se había estrenado hacía ya diez años.

Delante de él yacía una llanura sembrada de lentiscos y de amapolas marchitas. Al fondo una valla.

Cruzó rápidamente la llanura. Las ortigas y las zarzas se enganchaban en sus piernas. Las amapolas morían estallando en una nubecilla semivisible y pestilente. Saltaban pequeños saltamontes y se escuchaba el chirrido de una cigarra allá a los lejos.

Una ave negra emitió un grueso graznido y, luego, todo quedó alterado por el huracán de un reactor que despegaba dejando un doble reguero de humo negro.

Se aproximó a la valla. Un puente cubierto de orín, salvaba un viaducto

seco. Al final, una puerta que el viento hacía gemir con el doliente violín de sus goznes, intermitentemente, sin otra finalidad.

Empujó la puerta y entró. Era un cementerio. Un pájaro que no supo identificar lanzó un grito.

Las lápidas eran recientes. Aún burbujeaban los crisantemos y emitían su fragancia las rosas. Las llamas de algunas velas se resistían contra el viento.

Los ángeles sonreían beatíficos. De la trompeta de uno de ellos salió una sabandija de color verdipardo.

Absorto y ausente, sin otro objetivo en el tiempo ni en el espacio, leyó los epitafios:

«Don Manuel Alvarez Pérez, muerto a los cuarenta y cuatro años de edad, en accidente aéreo. Tu esposa e hijos no te olvidan.»

«Doña Rosa Rodríguez Becerril, muerta en accidente aéreo a los veintiocho años de edad. Tus padres y hermanos no te olvidan.»

Detrás de una fila de cipreses, se escondía una minúscula capilla. Atravesó rápidamente la grava y empujó la puerta de madera.

Una virgen, con un avión-jugete entre las manos, sonreía desde el altar. Ardía allí una lámpara de aceite, que supuso eterna.

De la maqueta del avión parecía surgir un bronco ruido de motores. Las cristaleras de la capilla vibraban como las pieles de un tambor.

«Nuestra Señora del Buen Aire», decía un letrero, en la peana de la imagen.

Ordóñez se hincó de rodillas ante ella.

Las prácticas religiosas que le habían enseñado en el colegio del Pinar, brotaban ahora como un géiser glorioso.

–Señora, no sé a qué estoy condenado, pero ayúdame a pasar la prueba.

Un rayo de sol resbalaba sobre la boca de la virgen subrayando aún más su sonrisa.

Ordóñez hubiera deseado permanecer más tiempo allí. Pero debía escapar. Se limitó a hacer una leve genuflexión y salió al exterior del templo. La ventisca seguía haciendo oscilar los cipreses que se acurrucaban como flejes de acero.

Cruzó rápidamente el sendero de gravilla. A pocos pasos de la puerta, le estaba esperando la azafata.

–Señor Ordóñez. Veo que sigue teniendo dificultades. Venga conmigo.

Y su sonrisa era tan luminosa como las fornarinas del divino Rafael.

Se acercó a ella y cayó en la vorágine de su boca seductora. La besó con furia. Luego le arremangó las faldas, gozó el tacto de sus carnes prietas y la poseyó con ansia sobre una lápida del cementerio.

Todo aquello era tan absurdo como el resto. Pero lo demás ya no existía. Se había derretido como la Blanca Nieves del poeta Alberti.

–Señor Ordóñez... Ahora espero que no vuelva a tener problemas –le dijo satisfecha.

Y el condujo, de nuevo, al aeropuerto. EN el regreso vio autopistas de despegue llenas de fisuras y cubiertas de matojos, montones de hélices retorcidas, carcasas de aviones de la época de la primera guerra mundial.

–Señor Ordóñez: yo voy a ser la azafata del vuelo 203. Dentro de poco sabrá adónde nos dirigimos.

Y se despidió de él con otra sonrisa luminosa, dejando tras de sí unas

estela cimbreante y narcótica.
Volvió a la sala de espera. El matrimonio con toda su prole había partido en el vuelo 204. La sala estaba vacía. Las luces se iban apagando. El silencio era ya un cristal negro.
Miró hacia fuera y no vio más que una neblina que lo envolvía todo. Café, restaurante, boutiques, despachos, etc. habían desaparecido. El mundo terminaba a pocos pasos de la sala de espera.
Se oyó, por fin, el chirrido del altavoz, y una voz meliflúa recitó en tres idiomas:
«Aviso a los señores pasajeros del vuelo 203. Puerta de embarque número uno.»
Obedeció como un autómata.
El pasillo estaba oscuro como un túnel. pero una lucecita roja que parpadeaba el indicó la puerta de embarque número uno.
La misma azafata le tomó el billete. Luego le condujo al avión que guiñaba en la pista de despegue. No pudo evitar embriagarse de nuevo con el vaivén de sus caderas lúbricas, insaciables.
Era un birreactor de la Compañía Aérea Nacional. El cemento latía como una aorta con las pulsaciones de las luces de posición. La noche había caído como un buitre inmenso. La grupa de la azafata resplandecía tocada por el guiño picaruelo de las luces.
Y, entonces, Ordóñez recordó. Sí era aquel el birreactor que le había transportado hasta la entrada de Malmö. Vio las luces, las aguas negras del Báltico y la pesadilla de unas manos estranguladoras que se aproximaban a la garganta.
Al subir por la escalera sintió el primer golpe de dogal en el cuello: un caldo frío, que poco a poco, va entrando en los pulmones. Unos ademanes frenéticos para salir de allí, para encontrar una sola burbuja de aire. pero no, la carlinga del avión es un féretro. Y, luego, ves ruedas rojas y azules en los ojos, escuchas pitidos y acordes de órganos en la cabeza y todo eso te parece una eternidad. Por fin, no sientes nada: te has convertido en un pez más o en un pólipo marino.
Sintió la mano de la azafata que le sostenía y que le empujaba hacia dentro. Y luego su voz sensual y cálida:
–¡Vamos, señor Ordóñez! ¡Ya ha pasado todo!
Y era una delicia saber que aquella mujer iba a estar a solas contigo durante toda la Eternidad.